

Después de lo que No Ha Ocurrido: Los Futuros Partidos Políticos de Cuba¹

Jorge I. Domínguez

Las últimas elecciones multipartidistas y libremente competitivas se celebraron en Cuba en 1948. Los octogenarios y nonagenarios de hoy pueden recordarla, pero probablemente no con tanto entusiasmo como recuerden su primer paseo en un Ford Modelo – T. En consecuencia, el título de este artículo debe ser hipotético porque nadie sabe bien cómo o cuándo este momento conceptual podría ser alcanzado. Lo que no ha ocurrido será evidente cuando el antiguo régimen político haya cambiado lo suficiente, o haya sido reemplazado, para así permitir nuevamente una política multipartidista y elecciones libremente competitivas. Ningún cubano vivo en ese momento probablemente recuerde las elecciones prerrevolucionarias.

Los regímenes comunistas en Europa *c.* 1990 colapsaron sin mucha anticipación académica. Existe una vasta retrospectiva académica acerca de cómo tuvo lugar la transición del régimen político, más hubo pocos estudios persuasivos y anticipados al hecho. En Asia Oriental, aparte de Corea del Norte, los regímenes comunistas restantes han promulgado cambios para la consecución de una economía de mercado en orden a evitar transformaciones significativas desde el punto de vista político, pero al hacerlo así proporcionan poca orientación comparativa para determinar un futuro multipartidista imaginado para Cuba. La transición hacia una economía que no sea centralmente planificada en Cuba se encuentra, en el mejor de los casos, en sus primeras etapas y las tasas de crecimiento económico han permanecido anémicas desde la crisis económica mundial de 2008-2009, que disminuyó el apoyo de Venezuela a la economía cubana.

El imaginario más intrigante, que pudo anticiparse, de un sistema multipartidista inexistente fue el esfuerzo realizado por Juan Linz (1967, pp. 264-275), una década antes de la muerte de Francisco Franco, para caracterizar el futuro posible de un sistema multipartidista en España.

Linz, figura destacada del estudio académico de la política comparada durante la segunda mitad del siglo veinte, concluyó que el sistema político post autoritario de España quedaría en manos de dos partidos desproporcionadamente muy grandes: los Comunistas y los Demócratas Cristianos. Sin embargo, los Comunistas y los Demócratas Cristianos resultarían ser actores políticos menores en la España post – Franco. Sin embargo, el esfuerzo de Linz sigue siendo valioso porque hizo las preguntas acertadas al inducir a los académicos a:

- Observar los clivajes políticos construidos sobre los clivajes sociales;
- Considerar cambios sociales que pueden dar lugar a inferencias sobre el pasado;
- Mirar a los partidos políticos del último período pre autoritario;
- Tomar en cuenta la posible ley electoral; y
- Comparar con los casos “más similares” (en el caso de Linz, Italia).

En este análisis, espero mostrar que Cuba no ha tenido experiencia politizando clivajes sociales para construir o mantener partidos políticos. Antes de la revolución, las diferencias raciales y de clases sociales afectaron la formación y el desarrollo partidista solo de manera limitada. Es poco probable que las mismas fuesen usadas para construir nuevos partidos en el futuro. Las posibilidades de construir partidos sobre regionalismos o sobre la religión son incluso peores. Además, desde entonces los cambios sociales se han mostrado insuficientes para el logro de una conversión exitosa de los clivajes sociales en clivajes políticos y han diezmado las posibilidades del resurgimiento de cualquiera de los partidos antiguos, excepto los Comunistas. El único clivaje político salvable de antes de la revolución es la política de la intransigencia, aunque no es un buen augurio para la política democrática.

El legado organizacional más duradero de antes de la revolución es el “partido de poder”, lo que el Partido Liberal era antes de 1959 y, después de la victoria revolucionaria, en lo que los Comunistas se convirtieron. Por “partido de poder” me refiero a un partido político sin el cual es muy difícil organizar y mantener una coalición efectiva para gobernar. Tal partido no necesita ganar la mayoría de los votos, pero es uno sin el cual ningún gobierno durará mucho en el poder. En el futuro, mucho dependerá de la evolución interna del Partido Comunista Cubano (PCC) gobernante y de las reglas y leyes que pueden construirse durante o después del momento de cambio.²

Este artículo reflexiona acerca de cuáles podrían ser las bases para nuevos partidos que podrían surgir del régimen autoritario cubano.

Partidos Políticos Antes de la Revolución de 1959

Las últimas elecciones presidenciales libremente competitivas de Cuba, celebradas en 1948, caracterizaron bien la política de la nación en aquel momento (Stokes, 1951). Los partidos y el sistema de partidos en Cuba se habían consolidado a tiempo para la elección presidencial de 1940 y se habían vuelto bastante estables. En las cuatro elecciones nacionales más libres (1944 y 1948 para presidente y Congreso, y 1946 y 1950 para Congreso), entre el 42 y el 56 por ciento de los miembros de la Cámara de Diputados habían sido reelegidos (calculado a partir de Riera, 1955). Estos no eran partidos transitorios sino, más bien, organizaciones políticas bien organizadas y duraderas que reeligieron a sus parlamentarios.

En 1948, había cuatro partidos principales o coaliciones de partidos conteniendo por la presidencia. Cuba tenía 6 provincias. Ninguno de los candidatos presidenciales obtuvo una mayoría absoluta en ninguna provincia, excepto por la coalición gobernante Auténtico – Republicana, que ganó por un amplio margen en la provincia de Matanzas. Hubo, por lo tanto, una sustancial uniformidad electoral nacional. A diferencia de Quebec, Bavaria, Cataluña, o Escocia, Cuba no tenía un partido local representando sus intereses y que al tiempo carecía de una fuerza significativa en cualquier otra región.

En Cuba, los partidos nacionales ejecutaron campañas que se extendieron por todo el terri-

torio. El candidato presidencial victorioso de la coalición Auténtico – Republicana, Carlos Prío, por ejemplo, ganó un máximo del 54.5 por ciento en la provincia de Matanzas y un mínimo del 41.5 por ciento en la provincia de La Habana. Coalición que se había convertido principalmente en una máquina clientelista, que desembolsaba prebendas a través del país. En tanto que los Auténticos tenían un perfil político, eran ligeramente nacionalistas, y habían liderado la oposición cubana al poder de Fulgencio Batista entre 1933 y 1944.

Por su parte, los Liberales y los Demócratas se unieron. Excedieron el margen de su influencia nacional en la provincia Pinar del Río, pero en las otras cinco provincias estos dos partidos quedaron a 3 puntos porcentuales de su promedio nacional del 30.4 por ciento. También eran máquinas clientelistas. Los Liberales habían sido el indispensable partido de poder de Cuba. Habían aportado el equipo para la presidencia que devino en la dictadura de Gerardo Machado en los años veinte. Habían estabilizado el poder de Batista antes de su convocatoria a la convención en la que se escribiría la constitución de 1940. Aunque derrotados en 1944 como parte de la coalición de Batista, los Liberales cambiaron de bando para unirse al gobierno de Prío poco después de las elecciones de 1948 y, finalmente, después de que Batista derrocó a Prío por golpe de Estado, apoyarían la dictadura de Batista en los cincuenta. En 1948, los Liberales y los Demócratas (siendo este último un partido conservador) probaron, al postularse como una alianza de oposición, que podían funcionar bien sin la espita de recursos del tesoro nacional. En la medida en que estos partidos tuvieron un perfil político, apoyaron los intereses de los Estados Unidos en Cuba.

Los dos partidos más débiles se lanzaron solos, y a los dos les fue mejor en las provincias de La Habana y Oriente. Los Ortodoxos (un sexto del voto nacional, con un quinto del voto tanto en La Habana como en Oriente) tenían una sola política en su plataforma electoral: se oponían a la corrupción. Su consigna era “vergüenza contra dinero”; su símbolo, una escoba. El de ellos era un partido de principios, vociferante al protestar en contra de la corrupción y por la manera en que Cuba era gobernada. En su discurso, era “intransigente” – una palabra que apreciaba su candidato presidencial, Eduardo Chibás

(Grupos de Propaganda Doctrinal Ortodoxa, 1951). Fidel Castro fue uno de sus candidatos a diputado para las elecciones de 1952 (canceladas a causa del golpe de Estado de Batista en marzo de 1952).

Finalmente, el partido comunista prerrevolucionario, el Partido Socialista Popular (PSP, est. 1925), obtuvo el 7.5 por ciento del voto nacional, haciéndolo uno de los partidos comunistas más exitosos electoralmente en Latinoamérica (solo los Comunistas de Chile tendrían una mejor historia electoral). Ganó el PSP cerca de un décimo de los votos en la provincia de La Habana, aunque también le fue bien en Oriente donde había sindicalizado muchos obreros de centrales azucareros. Los Comunistas se volvieron un partido legal solamente como aliados de Batista al final de los treinta y fueron derrotados como parte de su coalición en 1944. En 1948, se lanzaron solos – su única competencia en solitario en unas elecciones competitivas. Los Comunistas habían sido parlamentarios hábiles en la convención constituyente y en el Congreso. Aunque eran solo el 5.5 por ciento de los miembros del Congreso, representaron el 15.5 por ciento de los proyectos de ley presentados; solo uno de los treinta y cinco proyectos de ley presentados por los parlamentarios Comunistas buscó beneficios particularistas para una sola persona, en contraste con el patrón común en otros partidos. Los parlamentarios Comunistas se reunían regularmente, redactaban los discursos de sus miembros en esas reuniones, trabajaban en equipo para elaborar legislación, patrocinaban y escuchaban a una comisión asesora de investigación, y donaban un diezmo de su salario para el partido. Votaban con una alta disciplina partidista (Escalante y Marinello, 1945). Aportaron ministros al Gabinete de la presidencia de Batista (1940 - 1944). Fundaron la Central de Trabajadores de Cuba (CTC) y apoyaron a la coalición de Batista y a la alianza Estados Unidos – Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial. Organizaron a obreros e intelectuales universitarios, que eran prominentes en su liderazgo.

Existen tres implicaciones de esta descripción del sistema de partidos. En primer lugar, hubo muy pocos votos que ganar ya fuesen en la representación regional (a pesar de la leve variación en los patrones de votación) o en la representación sindical. El comportamiento responsable en el parlamento le valió a los comunistas solo uno de cada catorce votos emitidos a nivel nacional.

En segundo lugar, la política de intransigencia, con el apoyo de un sexto del electorado, se enlaza, en un mismo hilo conductor, con el régimen revolucionario que llegó al poder en 1959. Régimen que se consolidó repudiando el turismo decadente, proclamando el valor de los incentivos morales y la construcción de un “hombre nuevo”. Igualmente, a mediados de la década de los 60, despachando a los homosexuales a campos de trabajo forzado con la esperanza de convertirlos en heterosexuales, e incluso (brevemente) buscando sustituir malta sin alcohol por cerveza, en aras de la productividad. De manera que dicha política propició el camino para un partido de intransigentes.

En tercer lugar, los Liberales fueron el primer “partido de poder” de Cuba. Hicieron parte de la coalición de gobierno bajo siete de los diez presidentes cubanos elegidos para un mandato entre 1902 y 1958, incluyendo dos cuyas elecciones habían sido manchadas por el fraude (Machado, Batista). Eran maestros de la programación y la seducción clientelista. Podían ser leales, o cambiar de bando, en búsqueda de ventaja política. Y solo ellos y los Comunistas obtuvieron éxito electoral cruzando las fronteras raciales de la nación.

¿Clivajes Sociales en Busca de un Partido Político?

Para la década del 50, existían diferencias de clase social en el electorado cubano. En diciembre de 1951, en anticipación a la elección presidencial de 1952 (cancelada a causa del golpe de Batista), una encuesta de opinión pública comprobó que los cubanos de clase alta favorecieron al candidato del partido Auténtico, Carlos Hevia, en una proporción de aproximadamente tres a uno sobre Batista, quien se lanzaba una vez más para presidente. Entre la clase alta, los Auténticos se encontraban por delante de los Ortodoxos. Entre la clase baja, la elección estuvo mucho más reñida, con Hevia por encima de Batista, si bien dentro del margen de error estadístico, y con los Ortodoxos en tercer lugar (Goldenberg 1965, 111). No obstante, ningún candidato o su partido apeló de manera diferenciada a las diversas clases sociales en búsqueda de respaldo electoral. Solo los Comunistas lo hicieron, pero con poco efecto.

En la convención constituyente de 1940, los Comunistas habían propuesto múltiples restricciones sobre las escuelas dirigidas por órdenes religiosos Católicas. La Iglesia Católica las resistió con éxito (Amigó, 1947). Sin embargo, tenía un apoyo social relativamente modesto. En 1954, la Agrupación Católica Universitaria de la Universidad de la Habana realizó una encuesta nacional (N = 4000). Se encontró que sólo el 24 por ciento de los Católicos asistían a servicios religiosos regularmente y sólo el 16 por ciento de los matrimonios eran formalizados por la Iglesia (Jover Marimón, 1971, pp. 400-401). Señal de que Cuba ya era un país laicista antes de la revolución de 1959. Un pequeño partido Demócrata Cristiano fue fundado en Cuba en los cincuenta, pero nunca disputó en unas elecciones libres y competitivas.

El clivaje social latente más significativo en Cuba concernía a las relaciones raciales (De la Fuente, 2001). Un partido basado en raza – el Partido Independiente de Color – fue fundado en 1908, después de la independencia de Cuba en 1902, siendo aplastado militarmente en 1912. Desde entonces la ley ha prohibido partidos basados en raza. Desde principios del siglo veinte, el Partido Liberal alentaba la elección de políticos afrodescendientes para el senado y la cámara en su lista partidista; uno de ellos, el senador Martín Morúa, patrocinó la ley que prohibía los partidos políticos basados en raza. Con el tiempo, otros partidos también atrajeron afrodescendientes. Fulgencio Batista, un mulato, incluyó varios políticos afrodescendientes en su coalición, principalmente de los partidos Liberal y Comunista. Blas Roca, quien fue secretario general del partido comunista durante mucho tiempo, era un mulato y aliado cercano a Batista desde 1939 hasta 1945 (Fundamentos, 1944). A través de su liderazgo de la Central obrera (CTC), los Comunistas ayudaron a reducir la brecha salarial entre blancos y negros en la categoría de obreros calificados. En el censo de 1943, se constató que los negros obtenían los ingresos más bajos en todas las categorías de ingresos, y en todas las ocupaciones, pero la brecha entre blancos y negros era la menor entre los obreros calificados donde los sindicatos tenían mayor impacto (República de Cuba 1945, pp. 1203-1205). Sin embargo, desde finales de los años treinta en adelante, ningún partido cubano, ni siquiera los Comunistas, operaron como un

partido basado en raza o formularon sus promesas políticas partiendo de una política basada en la raza. Los Comunistas privilegiaron políticas enfocadas en aspectos de clase social, aunque con la expectativa de que las políticas de clase “correctas” también reducirían las brechas entre los cubanos a través de todo el espectro de color.

En resumen, existían bases sociales plausibles para fundar partidos políticos sobre la base de la raza, aunque probablemente no sobre la base de la religión, si bien ningún partido tuvo éxito apelando a estas bases. Únicamente los Comunistas se centraron en políticas enfocadas en clase, y fue el suyo el partido más pequeño en el Congreso.

Tendencias Influyentes sobre los Clivajes Sociales después de 1959

En el medio siglo transcurrido desde 1959, ¿hay cambios sociales que hayan aumentado las posibilidades de transformar las diferencias sociales relacionadas con la región, la clase social y la desigualdad, la religión, y la raza, en clivajes políticos sobre los cuales los partidos se pueden construir? La respuesta es no.

A nivel de las diferencias regionales, estas persistieron después de la revolución, y aún existen. Pero, exceptuando las obviamente mejores condiciones de vida en la ciudad de La Habana, las diferencias entre las provincias de Cuba han sido modestas y son una base improbable para nuevos partidos regionalistas (Martin Posada y Núñez Moreno, 2012).

En cuanto a las diferencias de clase, la desigualdad a nivel de ingresos y de acceso a los bienes y servicios se amplió dramáticamente después de 1990, al interrumpirse el flujo de subvenciones provenientes de la Unión Soviética. La pobreza reaparece en un quinto de la población. Desde 1990, la movilidad social descendente superó en gran medida a los casos de movilidad social ascendente. Combinación que agudizó aún más las desigualdades. Igual que antes de 1959, el factor clase social probablemente tendría un impacto sobre el comportamiento electoral, pero también seguiría siendo un soporte improbable para sustentar un partido basado prioritariamente en divisiones de clase. Desde los sesenta, el Partido Comunista de Cuba (PCC, est. 1965) ha buscado un amplio apoyo nacional, no simplemente el apoyo del proletariado o de grupos de ingresos

inferiores. El gobierno ha hecho hincapié en los derechos universales de acceso a la educación, a la salud, y a otras subvenciones de bienestar, que enfatizan la solidaridad entre cubanos en su condición de nación (Espina Prieto, 2004; Espina Prieto y Togores González, 2012; Togores y García, 2004). Los cubanos jamás han respondido predominantemente a promesas programáticas partidistas basadas en diferenciaciones entre clases sociales.

En lo relativo a las diferencias religiosas, el gobierno y el PCC se enfrentaron a las iglesias, y especialmente a la Iglesia Católica, en los sesentas. Medio siglo después, las restricciones sobre las iglesias se relajaron y el Cardenal Arzobispo de La Habana, Jaime Ortega, jugó un papel importante en 2011 para facilitar la liberación de la mayoría de los presos de conciencia restantes. Varias diócesis católicas publican revistas y hay trabajo misionario cada vez más abierto. Sin embargo, entrevistas con personas prominentes de la iglesia sugieren que la proporción de cubanos que asisten regularmente a la misa Católica seguía siendo un número de un solo dígito, aunque tal vez un 15 al 20 por ciento de la población se identificaba con alguna comunidad de fe (Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, 1993). Sólo la Iglesia Católica tiene la organización territorial para desafiar al PCC desde la sociedad civil. Sin embargo, el número de curas sigue siendo sólo de 300 aproximadamente en un país de un poco más de once millones de personas. Adicionalmente, siguiendo el liderazgo del Cardenal Ortega durante un tercio de siglo hasta su jubilación en 2016, los obispos han resistido comportarse como un partido o convertirse en sus patrocinadores. Un Partido Católico aún parece poco probable, aunque más asociaciones católicas surgirían probablemente.

Por su parte, las circunstancias raciales de Cuba han cambiado en las últimas décadas. A principio de los ochenta, las diferencias raciales entre negros y blancos habían desaparecido en estimaciones de esperanza de vida y finalización de la escuela secundaria – resultados mucho mejores que en otras sociedades racialmente heterogéneas como Brasil y Estados Unidos. Las diferencias raciales persistieron en la geografía de la vivienda y en la probabilidad de encarcelamiento (Meerman, 2001; De la Fuente, 2001, pp. 309-316). Y, al principio de la década de 2010, hubo otras insatisfacciones. Una fue la membre-

sía en las instituciones políticas clave, tales como el Buró Político del PCC elegido en 2016 (cinco afrodescendientes de diecisiete miembros) y el comité ejecutivo del Consejo de Ministros (ninguno de los ocho era afrodescendiente). Otra fue la fácil expresión explícita de prejuicios raciales. En un estudio comparativo de tal conducta discursiva, Sawyer et al. (2004) encontraron que tal racismo era significativamente más alto en Cuba que en Estados Unidos, Puerto Rico o República Dominicana. Desde el inicio de la década de los sesenta, el oficialismo en Cuba afirmó haber resuelto el problema racial; por lo tanto, se volvió contrarrevolucionario discutirlo en público.

El silencio oficial de Cuba sobre asuntos de raza impidió la formación legal de asociaciones afrodescendientes independientes en la sociedad civil, así como la construcción de partidos basados en raza. Asimismo, retrasó por medio siglo una conversación nacional en torno a esta problemática en Cuba. Aun así, al margen de lo oficial, tal conversación ha comenzado, y la afirmación identitaria afrodescendiente se ha fortalecido a través de la música, las artes plásticas, la literatura, la religiosidad, y hasta cierto punto a través del internet, si bien los cubanos tienen acceso muy limitado (De la Fuente, 2001).

Todo esto para señalar que no existe, sin embargo, un movimiento político de oposición basado en raza. Existen líderes afrodescendientes y algunos son miembros de organizaciones de derechos humanos, disidentes, y de oposición, pero demandan sus derechos como ciudadanos cubanos, no tanto como afrodescendientes cuyos derechos dependen de criterios raciales. Intelectuales fieles, aunque críticos de aspectos de estas políticas oficiales (Morales Domínguez, 2007) quieren que el régimen político y social perdure, según sus principios, en orden a fortalecerlos, no para derribarlos.

De manera que, pasado el cambio de régimen que aún no ha ocurrido, un partido político basado en raza sigue siendo poco probable.

La evidencia comparativa reafirma esta conclusión. Consideremos los detallados estudios de partidos políticos latinoamericanos en Levitsky, Loxton, Van Dyke y Domínguez, (2016). Solamente en el capítulo sobre Cuba se discute acerca de posibles partidos afrolatinos. El valioso capítulo de Raúl Madrid (2016) acerca del etnopopulismo se centra en comunidades

indígenas en sus contextos más amplios en Bolivia, Ecuador, y Guatemala, no así en afroecuatorianos que son numerosos, pero no se asocian en un partido. El país más probable en Latinoamérica para que surja un partido con base racial es Brasil; si bien el libro no aborda la problemática de la conformación de partidos afrobrasileños. El estudio magisterial de Scott Mainwaring acerca del sistema de partidos, con especial atención a Brasil, dedica menos de una página a la posibilidad de partidos basados en raza en Brasil (1999, p. 46). El estudio intelectualmente más estimulante acerca de un partido político basado en raza en Brasil – Frente Negro Brasileño, o *Frente Negra Brasileira* – explica por qué el partido fue de tan corta vida, por qué colapsó, y por qué nunca fue revivido (Fernandes, 1969; ver también Telles, 2004). La raza en América Latina no ha producido partidos exitosos basados en raza, ni son probables tales partidos.

En conclusión, en Cuba, las características aquí analizadas de los periodos de tiempo pre-revolucionarios y revolucionarios probablemente perdurarán. Pasado el cambio de régimen que aún no ha ocurrido, Cuba probablemente permanecerá privada de partidos que busquen sus principales fuentes de apoyo apelando a región, religión, clase social, o raza, aunque diversos partidos obtuviesen mayores o menores porciones de apoyo en estas categorías sociales.

De un “Partido de Poder” a las Cuatro Caras del PCC

Cualquier pensamiento acerca de un futuro partidario de Cuba debe examinar su Partido Comunista (est. 1965). La contienda por la oposición en Cuba ha estado notablemente limitada durante medio siglo. El político cubano más eficaz desde la oposición, capaz de reunir miles de firmas en una petición para una reforma política, Oswaldo Payá, murió en 1902. Ningún otro político cubano, partido, u organización política de la oposición ha sido capaz de movilizar a más de unos pocos cientos de adherentes. Levitsky, Loxton y Van Dyke (2016) indagan sobre el proceso de formación de un partido bajo un gobierno autoritario. Sin embargo, el régimen autoritario de Cuba – a diferencia del de Brasil de los sesenta hasta los ochenta o el de México durante setenta décadas – ha hecho que la construcción de un partido de oposición sea insegura e imposible.

Con ausencia de impugnación significativa, es probable que el Partido Comunista, bajo su propio nombre o uno diferente, sea un futuro “partido de poder” como en Rusia y China: donde la ideología puede debilitarse, las políticas y el nombre del partido pueden cambiar, pero los líderes del antiguo Partido Comunista se aferran al poder. Vladimir Putin en Rusia ejemplifica bien el establecimiento de tal partido. El Partido Comunista Ruso, como tal, está en la oposición a Putin, pero muchas de sus antiguas élites, exmiembros del otrora gobernante Partido Comunista – Putin entre ellos – se han unido en un nuevo “partido de poder”, sin importar los cambios en su nombre (Colton, 2007). Uno de los recursos políticos de Putin ha sido la restauración del orgullo de nación y del papel de Rusia en el mundo. La ideología por lo demás importa poco y sus políticas son pragmáticas. El Partido Comunista Chino es otro “partido de poder”, que ha cambiado políticas económicas dramáticamente y con éxito, transitando hacia un régimen político que ha traído prosperidad a muchos mediante su adopción de muchas características de la economía de mercado. Ha ganado apoyo nacionalista, ha obtenido un lugar destacado en la política y la economía mundial, y no ha dudado en reprimir a la oposición o a la sociedad civil (Friedman, 2008). China se caracteriza por su régimen político aún autoritario, aunque ya económicamente transformado. El régimen político en Rusia es más abierto, pero todavía es un régimen político semi autoritario con muchos menos logros económicos. En ambos casos, un “partido de poder” gobierna, y las expectativas electorales de la oposición son débiles.

El PCC ya se parece a un partido de poder, manteniendo unidas varias tendencias que promueven, o resisten a, cambios de políticas orientadas al mercado, buscan o repelen una reconciliación con los Estados Unidos, y acogen o evitan la liberalización de reglas sociales y políticas hacia los homosexuales. Como el Partido Comunista Chino contemporáneo, y el presidente Putin, los comunistas cubanos están orgullosos de haber desafiado a Estados Unidos y haber sostenido la soberanía cubana a pesar de la adversidad, haber jugado un papel mundial descomunal, haber sobrevivido al colapso de la Unión Soviética y los regímenes comunistas de Europa centro - oriental, haber construido un sentimiento de orgullo por ser cubano, y haber construido

los medios para la cohesión social mediante variadas políticas sociales, incluyendo la reducción de las brechas raciales señaladas anteriormente. La Constitución de Cuba (Artículo 5) describe al PCC como la “vanguardia organizada de la nación cubana”. En 2013, Raúl Castro anunció que renunciaría como presidente de Cuba en 2018 y designó a Miguel Díaz Canel (nacido en 1960) como su primer vicepresidente y sucesor. Por lo tanto, el futuro a corto plazo más probable para el partido, todavía tratando de evitar una elección libremente competitiva, es su consolidación como un partido de poder desideologizado, promulgando nuevas reformas de mercado en búsqueda de prosperidad, y sosteniendo algunas iniciativas de liberalización política para apaciguar conflictos.

Sin embargo, pasado el cambio de régimen que aún no ha ocurrido, este partido de poder se enfrentará a opciones con respecto a su futuro y también enfrentará tensiones fisiparas internas. ¿Qué se puede aprender de las experiencias de los partidos comunistas en Europa centro-oriental que transitaron hacia sistemas políticos democráticos? “Una de las mayores sorpresas del colapso comunista en Europa centro-oriental en 1989”, escribe Anna Grzymala-Busse, “fue la persistencia de los antiguos partidos políticos gobernantes... En todos los países, menos en Estonia y Letonia, estos partidos sobrevivieron, compitieron en elecciones democráticas, y en algunos casos se reinventaron como partidos democráticos moderados que ganaron elecciones, gobernaron, y exitosamente supervisaron reformas tanto económicas como políticas” (Grzymala-Busse, 2008, p. 91). La probabilidad de tal resultado, argumenta ella, es mayor si el Partido Comunista ha comenzado esta trayectoria antes de la transición a un régimen político democrático. Reformistas pragmáticos, acostumbrados a negociaciones políticas, adquirieron así un “pasado utilizable” para el momento después de la transición de régimen. En la Europa centro-oriental, anterior a 1989, los Partidos Comunistas polacos y húngaros eran los que habían experimentado más con los mecanismos del mercado y, dentro del contexto de un régimen político comunista, eran los más “liberales”. Lograron unas de las transiciones más exitosas para convertirse en partidos suficientemente socialdemócratas después del cambio de régimen, acogiendo tanto el cambio económico como el político (ver también Grzymala-Busse, 2002).

Encabezado por el presidente Raúl Castro desde 2006, el PCC se ha embarcado en un proceso de importantes pero graduales reformas. Los cambios con mayor impacto político han sido el surgimiento de la agricultura privada y de pequeñas y medianas empresas privadas. El número de “trabajadores por cuenta propia” casi se triplicó desde septiembre de 2010 hasta julio de 2014, alcanzando 471,085 en una población de 11.2 millones de personas (Pérez Villanueva, 2017, pp. 78-79). Estos cambios siguen siendo polémicos dentro del partido. Hasta ahora, Raúl Castro ha sido su principal defensor bajo su lema oficial, un “socialismo próspero y sostenible”, entendiendo por socialismo la planificación central y la propiedad estatal, y por prosperidad y sostenibilidad una aproximación a las políticas de mercado y los presupuestos austeros. Por el lado de la liberalización política, las políticas que en tiempos anteriores reprimieron homosexuales han sido canceladas. Hay un espacio más amplio para el debate académico en las universidades y centros de estudio, y hay una menor censura de revistas publicadas por los obispos Católicos. Sin embargo, por el lado económico, hay muchos menos cambios que aquellos promulgados en Polonia o Hungría antes de la transición de régimen al final de la década de los ochenta, o en China desde el final de la década de los setenta. Y por el lado político, estos cambios también se quedan muy cortos al compararlos con la experiencia polaca o la húngara antes de la transición.

“La tercera ola de democratización” argumentó Samuel Huntington (1991, p. 182), “avanzó gracias a la equivocada presunción de los dictadores” que creían que podían vencer en una elección competitiva. Indira Gandhi en India en 1977, Augusto Pinochet en Chile en 1988, Wojciech Jaruzelski en Polonia en 1989, Daniel Ortega en Nicaragua en 1990 – todos ellos y otros cometieron estos errores.

Desde su fundación postrevolucionaria en los sesenta, el PCC no ha desarrollado las destrezas para solicitar los votos de los ciudadanos. Su organización está diseñada para gobernar; ha ejecutado muchas campañas en apoyo al gobierno, pero le falta la experiencia de elecciones democráticas competitivas. Sin embargo, en el nivel municipal, desde mediados de los setenta ha habido elecciones de partido único con múltiples candidatos. La investigación sobre estas

elecciones mostró que sólo el 2 por ciento de 150 votantes encuestados mencionaron la membresía en el Partido Comunista como una cualidad “deseable” en un candidato a la asamblea municipal. La principal motivación de los votantes en elecciones locales fue que los candidatos locales tuvieran una reputación por honestidad, buena vecindad, y sensibilidades humanas. Los cubanos votaban por sus amigos y vecinos. Es notable, por lo tanto, que la mayoría de los funcionarios electos eran miembros del partido, con una alta estima, aunque el PCC como institución no la tenía (Dilla, González y Vincentelli, 1992). Esta no es una buena noticia para el PCC, pero lo es para los miembros del partido que probablemente serán elegidos sin importar el nombre del partido bajo el cual se postulen.

Dentro del marco de análisis de Levitsky, Loxton y Van Dyke (2016) y Lupu (2016), la “marca” del Partido Comunista Cubano agrega poco valor el día de las elecciones. Supongamos, por lo tanto, que este partido cubano de poder comete un error similar y celebra elecciones libres. Puede perder, porque el partido carece de experiencia para obtener el apoyo del electorado en elecciones competitivas, su marca atrae a pocos votantes, y sus candidatos potenciales pueden desertar dada la debilidad de la marca. El partido podría dividirse en sus diversas tendencias, con lo cual es probable que emerjan las cuatro caras del partido.

Un núcleo partidista lucharía por seguir siendo el partido de poder, indispensable en cualquier coalición política – no muy diferente del Partido Liberal prerrevolucionario – pero este partido de poder carecería de las ventajas del monopolio que el PCC tendría hasta ese momento. Los socialdemócratas, albergados por mucho tiempo en el PCC, y motivados por un deseo de aprovechar con mayor rapidez el mercado de Estados Unidos para lograr el crecimiento económico, podrían ser otra fracción, que quizás evocaría las tradiciones del Partido Comunista cubano prerrevolucionario. Para estos socialdemócratas, Raúl Castro ha estado construyendo un pasado utilizable mediante políticas orientadas al mercado y una cierta liberalización social y política.

Otras dos respuestas son posibles, como lo han notado Daniel Ziblatt (1998) y John Ishiyama (1999), entre otros, considerando la experiencia de Europa centro-oriental. Una es el “repliegue izquierdista” (Partido Comunista Checo), que implica que el partido sucesor privilegie su

ideología histórica, rechazando el libre mercado, repudiando la influencia de Estados Unidos, y convirtiéndose en un partido antisistema en el nuevo régimen democrático. La otra es la respuesta “patriótica – nacional”, común en los Balcanes y en la antigua Unión Soviética, la cual hace un énfasis en la defensa de la nación y en la profunda sospecha de influencias externas. Fidel Castro y aquellos más comprometidos con su legado personal ilustran ambas tendencias. Hasta el final de su presidencia, él les restó importancia a los mecanismos de mercado, dependió de exhortaciones públicas y movilizaciones masivas, y a través del mundo arremetió en contra del imperialismo de Estados Unidos en nombre del honor de Cuba. Patriótico–nacional o izquierdista–principista, estos legados fidelistas del Partido Comunista son plausibles. Los intentos de uno, intentarían prevenir el dominio de Estados Unidos. Los del otro, relanzaría la intransigencia de los Ortodoxos prerrevolucionarios. En cualquier caso, Fidel Castro jamás se asociaría con la palabra “repliegue” pero podría admirar una intransigencia izquierdista.

Es más fácil imaginar una coalición entre el partido de poder y los socialdemócratas y una coalición alternativa entre los patriotas–nacionales y los intransigentes–izquierdistas. La primera sería un legado de la búsqueda de prosperidad por parte de Raúl Castro. La segunda evoca dos consignas que Fidel Castro hizo famosas, respectivamente, a inicios del gobierno revolucionario e inmediatamente después del colapso de la Unión Soviética: “Patria o Muerte” y “Socialismo o Muerte”. Ambos partidos podrían evolucionar para convertirse en partidos de nicho, así como Greene (2016) los presenta. Pero, como hipótesis, el partido de poder podría unirse con cualquiera, dado que los principios no limitan su radio de acción política.

Las Bases Populares de los Partidos y la Ley Electoral después de la Transición Aún No Ocurrida

El partido de poder, el partido patriótico–nacional, y el partido intransigente–izquierdista competirían por un segmento demográficamente bien definido de la población de Cuba. Al inicio de la segunda década del siglo veintiuno, la mayor cohorte quinquenal cubana tenía entre cuarenta y cinco y cuarenta y nueve años. El tamaño de esta cohorte era casi el doble del

tamaño de la cohorte de cinco años o menos. Mas de una cuarta parte de la población de Cuba tendrá más de sesenta años para el 2025. En 2011, la esperanza de vida al nacer era de setenta y ocho años (Oficina Nacional de Estadísticas e Información 2012, Cuadros 3.2, 3.12, 3.17). En síntesis, Cuba será un paraíso para un partido que represente los derechos de los jubilados. Pero los prospectivos ancianos cubanos puede que no sean meramente codiciosos de pensiones. Los cubanos que ya estaban en sus sesentas fueron socializados como jóvenes revolucionarios durante la década de los sesenta, que fue el momento más formativo tanto para el país como para sus propias experiencias. Los cubanos de esa cohorte quinquenal de 45 a 49 años fueron testigos de la relativa prosperidad económica de los setenta, la consolidación de políticas de Estado exitosas en salud y educación, y el despliegue global de la influencia cubana durante los setenta y los ochenta. Como se ve materializado en el sucesor de Raúl Castro, Miguel Díaz Canel, podrían querer resolver las debilidades y fallas de las políticas del gobierno sin derribar al régimen político. Y, en la Cuba después de la transición aún no ocurrida, podrían apoyar inmediatamente a cualquiera de los tres partidos que evoque mejor a la Cuba de su juventud.

Si los ancianos cubanos dividen sus votos entre los intransigentes–izquierdistas, los patriotas–nacionales, y el partido de poder – los jubilados votando por la eficacia de este último, y los más motivados ideológicamente dividiendo sus votos entre los otros dos partidos – los futuros socialdemócratas de Cuba podrían ganar una gran porción de los votantes nacidos después de 1985, que fue el último año de un periodo de crecimiento económico sostenido. Los socialdemócratas podrían aliarse con el partido de poder. (Así como en los casos de los Liberales prerrevolucionarios, o del Partido Revolucionario Institucional en México después del 2000, o del Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB) en Brasil desde 1985, dado que el partido de poder no necesita ser el partido más grande como se mencionara antes). Si es así, el panorama para una liberalización política y económica más amplia y profunda se ve bien.

Cuba ha tenido una diáspora grande, concentrada geográficamente en el sur de la Florida: próspera económicamente, y políticamente influyente. El Cuban Research Institute de la

Universidad Internacional de Florida ha estado encuestando a la población de origen cubano del sur de la Florida por dos décadas. En 2014, a partir de unos de sus sondeos, se pudo establecer dos categorías. Una es la de los ciudadanos estadounidenses cubano–americanos que residen desde hace mucho tiempo en los Estados Unidos: solo el 23 por ciento de ellos “invertiría en un negocio privado en Cuba si se le da la oportunidad” y solo el 21 por ciento de ellos son propensos a “regresar a Cuba para vivir” bajo “una forma más democrática de gobierno”. La otra categoría es la de los migrantes que llegaron desde los acuerdos de migración firmados en 1994-1995 entre Cuba y Estados Unidos: 56 por ciento de ellos invertirían en un negocio privado en Cuba y 34 por ciento del total regresaría a vivir en Cuba (Cuban Research Institute, 2014). En términos de la disposición para invertir, por lo tanto, la diáspora cubana ya está dividida. En términos de la probabilidad de regresar a Cuba para vivir, la diáspora es bastante homogénea.

Las elites de Miami siempre han tratado de influir en los eventos en Cuba y probablemente buscarían hacer lo mismo en el futuro. Apoyarán políticas de mercado y una liberalización política sostenida. Como en Miami hoy en día, y también en el futuro de Cuba, es probable que se dividan entre un centro–derecha, política y económicamente un partido de “empresarios” o “liberal”, versus un partido revanchista que garantice la recuperación de propiedades expropiadas por el gobierno revolucionario en 1959 – 1961 y que busque acusar, condenar, y encarcelar agentes del antiguo régimen. Dado que la diáspora, por definición, no está en Cuba, es probable que su influencia sea indirecta, gastando en publicidad televisiva, así como programando y financiando las campañas de nuevos partidos. Algunos de estos nuevos protagonistas de la política cubana estarán dotados de personal compuesto por la minoría de cubanos que se repatriarían. Uno o ambos partidos apoyados por la diáspora podrían obtener una votación importante porque una proporción significativa de votantes cubanos mirarán hacia Miami en búsqueda de crecimiento económico.

Finalmente, la ley electoral, que debe ser parte de la transición que todavía no ha ocurrido, tendría que cambiar para permitir elecciones libres y competitivas. Sin embargo, una característica podría persistir. Incluso en las

elecciones a la Asamblea Nacional de febrero de 2013 en las cuales el número de candidatos igualó al número de puestos por cubrir, en Cuba los distritos electorales agrupan múltiples candidatos. Un votante puede votar por la “lista unida” (la preferencia del Partido Comunista), o votar en blanco, o nulo, o selectivamente. En las elecciones de 2013, el 23.5 por ciento de los votantes emitieron un voto inconforme, es decir, votaron nulo, en blanco, o selectivamente, es decir, votaron por algunos, pero no por todos los candidatos en la papeleta (calculado de “*Resultados finales*”, 2013). Para ser elegido, un candidato a diputado debe recibir la mitad de los votos. Así podría desarrollarse un sistema multipartidista, basándose en una representación proporcional de lista abierta, es decir, cada votante emite su preferencia por uno o varios candidatos en la lista, pero no por todos – a lo cual los votantes cubanos ya están acostumbrados en las elecciones municipales, en que se presentan múltiples candidatos, con opción de segunda vuelta, si se requiere, para lograr la mayoría. Los resultados de la segunda vuelta pueden ayudar al partido de poder, a los socialdemócratas, y al partido de centro-derecha apoyado por Miami, en detrimento de los intransigentes–izquierdistas, los patriotas–nacionales, y los revanchistas.

La Transición que por fin Ocurriría

En este artículo, se ha procurado mantenerse cerca de la evidencia empírica conocida, así como por la ciencia política comparada. Es probable, sin embargo, que los caminos específicos disponibles sean considerablemente influidos por los detalles aún desconocidos de una transición que todavía no llega. Consideremos tres caminos que destacan las investigaciones comparadas.

Uno es un camino de conflicto. Supongamos que el gobierno de los Estados Unidos (bajo el mandato de un presidente estadounidense posterior a 2016, que revierte las políticas de apertura de Estados Unidos hacia Cuba, autorizadas en diciembre de 2014) y la minoría política revanchista de la diáspora mantiene una postura rígida. Supongamos que el liderazgo político post – Chávez en Venezuela ya no pueda financiar al partido de poder de Cuba. ¿Podría una crisis económica en Cuba intensificar el conflicto, debilitar severamente al partido de poder, y

dejar una franca confrontación política entre los patriotas–nacionales, los intransigentes–izquierdistas, y los revanchistas – casi una Guerra Fría en Cuba misma? ¿Podría tal conflicto, como lo sugieren Levitsky, Loxton y Van Dyke (2016), profundizar la polarización, aumentar así la cohesión de cada partido, y conducir a la existencia de pocos, pero fuertes partidos exitosos, cada uno adoptando una “marca” electoral claramente definida? ¿O prevendría el fraccionamiento del PCC gobernante y mantendría su cohesión, incluso por más tiempo, si se desata una confrontación persistente entre el PCC versus una diáspora revanchista y el gobierno de Estados Unidos?

Transitando por un segundo camino se construye un partido dominante que sea electoralmente competitivo. Supongamos, en cambio, que las reformas de Raúl Castro elevan los estándares económicos y prolongan el mandato del partido de poder. ¿Eso retrasaría una transición completa a una política democrática y competitiva? ¿O un económicamente fuerte PCC seguiría una estrategia de ofrecer concesiones en el presente para lograr mayor popularidad futura, es decir, desde una posición de fuerza económica novedosa, se abriría aún más el sistema político a fin de competir con mayor éxito en futuras elecciones democráticas, esperando ganar y gobernar, aunque ya no sea de manera autoritaria (Slater y Wong, 2013)?

Una tercera opción es una transición democrática plena. Levitsky y Way (2010) argumentan que un régimen autoritario competitivo, en lo que el régimen político cubano podría haberse convertido para entonces, es más propenso a democratizarse si hay eficaces vínculos transnacionales en vez de muchas sanciones (es decir, zanahorias, no palos). Supongamos que el gobierno de los Estados Unidos expande el cambio de política iniciado por el presidente Barack Obama en diciembre de 2014 hacia el gobierno cubano, y el centro–derecha no revanchista de la diáspora de Miami invierte en Cuba, convirtiéndose en banquero de la transición económica. ¿Podrían los lazos de afecto familiar, y el creciente vínculo de un interés económico compartido, mejorar las oportunidades para una coalición democrática entre los socialdemócratas y la centroderecha?

Es incierto determinar cuál de estos escenarios es el acertado. Pero el argumento general presentado aquí implica una transición económica y política gradual, ya en marcha,

rumbo a una fragmentación del Partido Comunista, porque los socialdemócratas desean acelerar la transición política y económica mediante el crecimiento económico vinculado al mercado de Estados Unidos, a lo que las otras facciones se resistirían. Los escenarios alternativos, anteriores, podrían estropear este proceso al debilitar al partido de poder mucho antes, o desacreditar a un partido excesivamente amistoso con el gobierno de Estados Unidos o con la diáspora. La estrategia de ofrecer concesiones para lograr más tarde un mejor resultado electoral ya en cierta medida está en marcha, pero es improbable que rápidamente amplíe la apertura política. El PCC resistió al impacto geopolítico del colapso de la Unión Soviética, así como a los impactos repetidos de desaceleraciones económicas – dos posibles detonantes de la estrategia de conceder hoy para prosperar mañana. Desde la perspectiva de este partido gobernante, y ciertamente bajo la presidencia de Raúl Castro, el avance ha sido “sin prisa”. Aun así, ya Raúl Castro está construyendo un “pasado utilizable” para el partido de poder, con los socialdemócratas aún en su seno. Incluso sus legados partidistas podrían ser electoralmente competitivos.

Conclusiones

Juan Linz formuló las preguntas acertadas. Observemos los clivajes sociales y políticos previos a la instalación del régimen autoritario. Observemos los cambios sociales que podrían haber afectado tal formación y evolución de esos clivajes. Examinemos los partidos políticos que existían antes de la revolución. Observemos las experiencias en otros países. Consideremos las posibles implicaciones del sistema electoral y de las instituciones electorales con las cuales los votantes están familiarizados. Aplicando este enfoque a Cuba, parece muy probable que una característica clave del sistema político prerrevolucionario reaparezca, es decir, Cuba no tendría partidos importantes que enmarquen su búsqueda de apoyo electoral basándose en clivajes sociales politizados, como la región, la religión, la raza, o la clase social.

La interacción entre atributos prerrevolucionarios, y la experiencia de medio siglo bajo el PCC, así como las figuras de Fidel y Raúl Castro, probablemente auspiciarán a un partido de poder que usará y abusará de los recursos del Estado para conseguir que sus candidatos sean

elegidos, y también a una rama socialdemócrata que apoye las reformas. Puede haber una minoría significativa del electorado cubano que sea nacionalista, izquierdista, e intransigente, bajo la herencia de los Ortodoxos y de su una vez candidato a diputado, Fidel Castro.

Los candidatos originados en el PCC tienen altas oportunidades de ser elegidos en una Cuba después de la transición que todavía no ha ocurrido. Con todo, la “marca” del PCC parece débil, lo que permite que el partido se divida entre sus principales tendencias. Las estadísticas demográficas del electorado cubano dan una ventaja a los futuros socialdemócratas y a un partido de poder, con este último permaneciendo indispensable para la formación del gobierno.

La diáspora cubana, rica y políticamente comprometida, probablemente será influyente en el futuro después de una transición en Cuba, pero ya es una diáspora dividida. Una fracción significativa de los residentes de Miami de origen cubano probablemente se involucrarán en negocios en la isla, pero es poco probable que la diáspora sea la cara pública del partido que gobernará a la misma.

La pregunta de más difícil respuesta es si el proceso de transición ya en marcha será testigo de un intenso conflicto y de un predominio del partido dominante, o si será un proceso de cambio más abierto. De acuerdo con Levitsky, Loxton y Van Dyke (2016), el camino a través del conflicto intenso puede ser el que más probabilidades tenga de conducir a partidos exitosos. Sin embargo, en la Cuba contemporánea, una alternativa concebible es que Raúl Castro ha estado construyendo un “pasado utilizable” para un “gran centro” de la política cubana, que sea más moderado, y diseñado para sobrevivirle, es decir, un partido de poder que siga las pautas anotadas por Loxton (2016) con respecto a los partidos conservadores. Y si lo lograra, entonces el legado de Raúl Castro en la política cubana perduraría por más tiempo que el legado de su hermano mayor.

Bibliografía

- Amigó, G. (1947). “La iglesia católica en Cuba”. *Revista javeriana* 28, 138.
- Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (1993). *La religión. Estudios de investigadores cubanos sobre la temática religiosa*. Editora Política.

- Colton, T. (2007). "Putin and the Attenuation of Russian Democracy". En Dale Herspring, ed. *Putin's Russia: Past Imperfect, Future Uncertain*, 37-52. Lanham: Rowman and Littlefield.
- Cuban Research Institute. (2014). *2014 FIU Cuba Poll*. Miami: Florida International University. Recuperado de: <http://worldmountain.com/cp14/polltables.htm>
- De la Fuente, A. (2001). *A Nation for All: Race, Inequality, and Politics in Twentieth Century Cuba*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- De la Fuente, A. (2012). "Tengo una raza oscura y discriminada". El movimiento afrocubano: hacia un programa consensuado". *Nueva Sociedad* 242, 92-115.
- Haroldo, D., González, G. y Vincentelli, A. (1992). "Cuba's Local Governments: An Experience beyond the Paradigms". *Cuban Studies* 22, 151-170.
- Domínguez, J. I. (2006). *Cuba hoy: analizando su pasado, imaginando su futuro*. Madrid: Editorial Colibrí.
- Escalante, A., y Marinello, J. (1945). "El trabajo de los socialistas en la última legislatura". *Fundamentos* 41 (5), 8-16.
- Espina Prieto, M. (2004). "Social Effects of Economic Adjustment: Equality, Inequality and Trends toward Greater Complexity in Cuban Society". En J.I. Domínguez, O. Everleny Pérez Villanueva, y L. Barberia. (eds.). *The Cuban Economy at the Start of the Twenty-First Century* (p. 209-243). Cambridge: Harvard University Press.
- Espina Prieto, M. y Togores, V. (2012). "Structural Change and Routes of Social Mobility in Today's Cuba: Patterns, Profiles, and Subjectivities". En J.I. Domínguez, O. Everleny Pérez Villanueva, M. Espina Prieto, y L. Barberia. (eds.). *Cuban Economic and Social Development: Policy Reforms and Challenges in the 21st Century* (p. 261-289). Cambridge: Harvard University Press.
- Fernandes, F. (1969). *The Negro in Brazilian Society*. New York: Columbia University Press.
- Friedman, E. (2008). "Why the Dominant Party in China Won't Lose". En E. Friedman y J. Wong. (eds.). *Political Transitions in Dominant Party Systems* (pp. 252-268). New York: Routledge.
- Fundamentos. (1944). "Una carta del Partido Socialista Popular a Batista". *Fundamentos* 4 (31), 375-376.
- Goldenberg, B. (1965). *The Cuban Revolution and Latin America*. New York: Praeger.
- Greene, K.F. (2016). "The Niche Party: Authoritarian Regime Legacies and Party-Building in New Democracies". En S. Levitsky, J. Loxton, B. Van Dyck y J.I. Domínguez. (eds.). *Challenges of Party-Building in Latin America* (p. 159-186). New York: Cambridge University Press. doi: 10.1017/CBO9781316550564.006
- Grupos de Propaganda Doctrinal Ortodoxa. (1951). *Doctrina del Partido Ortodoxo*. La Habana: Fernández.
- Grzymala-Busse, A. (2002). *Redeeming the Communist Past: The Regeneration of Communist Parties in East Central Europe*. Cambridge: Cambridge University Press. doi: 10.1017/CBO9780511613388
- Grzymala-Busse, A. (2008). "The Communist Exit in East Central Europe and Its Consequences". En E. Friedman y J. Wong. (eds.). *Political Transitions in Dominant Party Systems* (p. 91-105). New York: Routledge.
- Huntington, S. (1991). *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Ishiyama, J. (1999). "Discussion and Conclusions". En J. Ishiyama. (ed.). *Communist Successor Parties in Post-Communist Politics* (p. 223-230). Commack: Nova Scotia Publishers.
- Jover Marimón, M. (1971). "The Church". En C. Mesa-Lago. (ed.). *Revolutionary Change in Cuba* (p. 399-426). Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

- Levitsky, S., Loxton, J. y Van Dyck, B. (2016). "Introduction: Challenges of Party-Building in Latin America". En S. Levitsky, J. Loxton, B. Van Dyck y J.I. Domínguez. (eds.). *Challenges of Party-Building in Latin America* (p. 1-48). New York: Cambridge University Press. doi: 10.1017/CBO9781316550564.001
- Levitsky, S., Loxton, J., Van Dyck, B. y Domínguez, J.I. (eds.). (2016). *Challenges of Party-Building in Latin America*. New York: Cambridge University Press. doi: 10.1017/CBO9781316550564
- Linz, J. (1967). "The Party System of Spain: Past and Future". En S. Lipset y S. Rokkan (eds.). *Party Systems and Voter Alignments: Cross National Perspectives* (p. 197-282). New York: The Free Press.
- Loxton, J. (2016). "Authoritarian Successor Parties and the New Right in Latin America". En S. Levitsky, J. Loxton, B. Van Dyck y J.I. Domínguez (eds.). *Challenges of Party-Building in Latin America* (p. 245-272). New York: Cambridge University Press. doi: 10.1017/CBO9781316550564.009
- Lupu, N. (2016). "Building Party Brands in Argentina and Brazil". En S. Levitsky, J. Loxton, B. Van Dyck y J.I. Domínguez (eds.). *Challenges of Party-Building in Latin America* (p. 76-99). New York: Cambridge University Press. doi: 10.1017/CBO9781316550564.003
- Madrid, R.L. (2016). "Obstacles to Ethnic Parties in Latin America". En S. Levitsky, J. Loxton, B. Van Dyck y J.I. Domínguez (eds.). *Challenges of Party-Building in Latin America* (p. 305-330). New York: Cambridge University Press. doi: 10.1017/CBO9781316550564.011
- Mainwaring, S. (1999). *Rethinking Party Systems in the Third Wave of Democratization: The Case of Brazil*. Stanford: Stanford University Press.
- Martín Posada, L. y Núñez Moreno, L. (2012). "Geography and Habitat: Dimensions of Equity and Social Mobility in Cuba". En J.I. Domínguez, O. Everleny Pérez Villanueva, M. Espina Prieto y L. Barberia (eds.). *Cuban Economic and Social Development: Policy Reforms and Challenges in the 21st. Century* (p. 291-320). Cambridge: Harvard University Press.
- Meerman, J. (2001). "Poverty and Mobility in Low-Status Minorities: The Cuban Case in International Perspective". *World Development* 29, 1457-1482. doi: 10.1016/S0305-750X(01)00058-4
- Morales Domínguez, E. (2007). *Desafíos de la problemática racial en Cuba*. La Habana: Fundación Fernando Ortiz.
- Oficina Nacional de Estadísticas e Información. (2012). *Anuario estadístico de Cuba 2011*. Recuperado de: www.one.cu/aec2011.htm
- Pérez Villanueva, O.E. (2017). "Small and Medium-Sized Enterprises in Cuba: A Necessary Step". En J.I. Domínguez, O. Everleny Pérez Villanueva y L. Barberia (eds.). *The Cuban Economy in a New Era: An Agenda for Change toward Durable Development* (p. 73-88). Cambridge: Harvard University Press.
- Piñeiro Harnecker, C. (2013). "Cuba's New Socialism: Different Visions Shaping Current Changes". *Latin American Perspectives* 40 (May), 107-126. doi: 10.1177/0094582X13476006
- República de Cuba. (1945). *Informe general del censo de 1943*. La Habana: P. Fernández y Cia.
- "Resultados finales oficiales de las elecciones". (2013). *Granma*, February 8. Recuperado de: <http://www.granma.cubaweb.cu/2013/02/08/nacional/artic09.html>
- Riera, M. (1955). *Cuba política, 1899-1955. La Habana: Impresora Modelo*.
- Sawyer, M., Peña, Y. y Sidanius, J. (2004). "Racial Democracy in the Americas: A Latin and U.S. Comparison". *Journal of Cross-Cultural Psychology* 35, 749-762. doi: 10.1177/0022022104270118
- Slater, D. y Wong, J. (2013). "The Strength to Concede: Ruling Parties and Democratization in Developmental Asia". *Perspectives on Politics* 11, 717-732. doi: 10.1017/S1537592713002090
- Stokes, W. (1951). "The 'Cuban Revolution' and the Presidential Elections of 1948". *Hispanic American Historical Review* 32, 37-79. doi: 10.1215/00182168-31.1.37

Telles, E. (2004). *Race in Another America: The Significance of Skin Color in Brazil*. Princeton: Princeton University Press. doi: 10.1515/9781400837434

Togores, V., y García, A. (2004). “Consumption, Markets, and Monetary Duality in Cuba”. J.I. Domínguez, O. Everleny Pérez Villanueva y L. Barberia (eds.). *The Cuban Economy at the Start of the Twenty-First Century* (p. 245-296). Cambridge: Harvard University Press.

Ziblatt, D. (1998). “The Adaptation of Ex-Communist Parties to Post-Communist East Central Europe: A Comparative Study of the East German and Hungarian Ex-Communist Parties”. *Communist and Post-Communist Studies* 31, 119-137. doi: 10.1016/S0967-067X(98)00003-8

Notas

¹ Se publicó anteriormente en inglés como un capítulo en, *Challenges of Party-Building in Latin America*, ed. Steve Levitsky, James Loxton, Brandon Van Dyck y Jorge I. Domínguez (New York: Cambridge University Press, 2016). Cambridge University Press ha autorizado esta publicación. Traducción de Alejandra Suárez.

² Hay una amplia literatura académica publicada fuera de la isla que imagina una Cuba inexistente. He aportado en parte a ella (Domínguez, 2006). Sin embargo, hay pocas obras en ciencias políticas publicadas por académicos cubanos que viven y trabajan en Cuba sobre las circunstancias futuras del país. Existe una, sobre la economía política del futuro de la propiedad y las perspectivas para las cooperativas, es de Piñeiro Harnecker (2013).